

\

# Los impactos internos. Una interpretación sobre las consecuencias de habitar un espacio de protesta agroecológico

- Pablo Saravia Ramos<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Sociólogo por la Universidad de Concepción de Chile. Master en Historia con mención en América Latina por la Universidad de Santiago de Chile de Chile. Máster en Problemas sociales por la Universidad de Granada de España. Doctor en Sociología por la Universidad de Granada de España. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Departamento de Sociología. Profesor del departamento de Sociología de la Universidad de Playa Ancha. Líneas de investigación prioritarias: sociología alimentaria, agroecología y soberanía alimentaria, movimientos sociales y estudios cualitativos. Dirección institucional: Universidad de Playa Ancha. Casa Central, piso 2, Av. Playa Ancha 850, Playa Ancha, Valparaíso. Dirección postal: José Domingo Cañas 1859, depto. 501. Ñuñoa. Santiago de Chile. Teléfono: 56-84349291. E-mail: pablo.saravia@upla.cl

### Resumen

Los efectos de la participación en un movimiento social son progresivos en el tiempo, por lo que preferimos hablar de grados o niveles de impactos, los que van cuajando en mayor o mediano plazo. Entendemos que los impactos internos funcionan como procesos culturales que van mutando irregular y discontinuamente a lo largo de la experiencia de habitar un colectivo social. Por lo tanto, los impactos internos que se exponen en este artículo traducen las diferentes experiencias y gramáticas de producción democrática "desde abajo" que los movimientos sociales en estudio ponen en la superficie. Considerando el "vacío" que existe en la literatura especializada sobre este tema, este artículo pretende contribuir a la construcción de conocimiento sociológico en esta materia. En términos metodológicos, se utilizó una investigación cualitativa basada en tres técnicas (48 entrevistas individuales en profundidad, análisis de material secundario y observación participante endógena). Los resultados exponen los impactos políticos de la participación en estas experiencias, el cuestionamiento a las formas de vida urbana y la revalorización del campo, la dimensión trascendental de habitar estos proyectos, la construcción de nuevas subjetividades y los hábitos de consumo como espacio de cambio.

**Palabras claves:** movimientos sociales, agroecología, participación y democracia.

### Abstract:

The effects of participation in a social movement are progressive along the time, so we prefer to speak of degrees or levels of impacts, which settle on greater or medium term. This interpretation does not seek to establish causal relationships between participation and the effects, nor do either decipher from the logic of success or failure. We understand that internal impacts work as cultural process that mutate irregular and discontinuous along the experience of living in a social group. Therefore, internal impacts that are discussed in this article translate the experiences and grammars of democratic production "bottom up" that the social movements on study take into the surface. Considering the "gap" that exists in the literature about this topic, this article aims to contribute to the construction of sociological knowledge in this area. On methodological terms, it is a qualitative research based on the application of three techniques (48 individual depth interviews, analysis of secondary material and participant endogenous observation). The results presented the political impacts of participation in these experiences, questioning the ways of urban life and the revaluation of the field, the transcendental dimension of inhabiting these projects, the construction of new subjectivities and consumption habits as a space of change.

**Keywords:** social movements, agroecology, participation and democracy.

## Introducción:

Este artículo analiza los efectos o impactos internos que supone la participación en un movimiento social determinado. En este caso se trata de dos cooperativas agroecológicas unitarias asentadas en territorio andaluz nacidas en el año 2004 (Hortigas en Granada) y 2005 (La Acequia en Córdoba). Su alcance cuantitativo ha variado en el tiempo producto de los diferentes procesos internos por los cuales estos proyectos han transitado. Estos proyectos persiguen, a través del manejo ecológico de huertas de autoproducción, consolidar mayores niveles de soberanía alimentaria entre sus cooperantes. Pero también son proyectos con una fuerte dimensión política donde, tanto los procesos de toma de decisiones como su modelo organizacional buscan reproducir formas democráticas más directas. En sintonía con esto último, estos proyectos utilizan la asamblea como el espacio donde se toman las decisiones tanto productivas como políticas. Éstas se toman en base a la construcción colectiva de consenso, respetando lógicas horizontales de participación. Estas cooperativas tienen un modelo de funcionamiento muy similar. Se organizan en base a grupos autogestionados de consumo (GAC) que son la referencia principal de participación y de organización para las personas. Estos GAC están compuestos por una cantidad definida de “cajas” o “cestas” que son las unidades de consumo. Ellas están gestionadas por una o más personas y es la medida para definir el reparto de verduras como el cumplimiento de las responsabilidades que implican la participación en los proyectos.

En términos metodológicas, se trata de una investigación cualitativa donde se aplicaron tres técnicas de estudio durante los años 2009 y 2010. Estas fueron: 48 entrevistas individuales en profundidad a militantes (antiguos<sup>2</sup> y nuevos<sup>3</sup>), ex militantes<sup>4</sup> y coordinadores/as del trabajo en el campo (10 en total). Estos fueron contactados a través de la técnica bola de nieve. Una segunda técnica fue el análisis de material secundario de documentos generados por los propios colectivos (declaración de principios o fundamentos de las organizaciones; material de difusión, periódicos o informativos internos, documentos analíticos y actas de diferentes tipos de asambleas). Por último, la tercera técnica utilizada fue la observación participante endógena, la cual se caracterizó por que el investigador se encontraba sumido en el problema de estudio al mismo tiempo que formaba parte ordinaria de él. En total se observó un total de 131 actividades repartidas en las dos cooperativas. Estas consistieron en la presencia a asambleas de diferentes tipos, visitas a GAC, comisiones y grupos de trabajo. La integración de estas fuentes de información permitió construir una interpretación exhaustiva sobre los diferentes procesos políticos que han vivido estos proyectos, sus desafíos de futuro como también los principales obstáculos que han tenido que sortear.

En términos conceptuales, la investigación entiende que los movimientos sociales son un proceso colectivo donde los actores van construyendo sus propios marcos de referencia (Eyerman, 1998; McAdam, et al. 1999 y Della Porta y Diani, 2012). Para el caso específico del análisis de los impactos es fundamental tener en cuenta esta delimitación. Esto porque entendemos que las consecuencias de un movimiento social son progresivas en el tiempo, no siendo siempre visibles en la inmediatez. Preferimos hablar de grados o niveles de impactos, los cuales van cuajando efectos en mayor o mediano plazo según las condiciones subjetivas en las que se desarrolla una acción colectiva determinada.

El tema de los impactos o efectos de los movimientos sociales ha sido un campo olvidado en las investigaciones sobre este tema (Calle, 2007:135; Tilly, 1998:27; Ajangiz, 2000:23; Casquette, 1998:201). Este descuido es más fuerte todavía en el caso de los llamados “impactos internos”, ya que la mayoría de los estudios han buscado descifrar los efectos en el ámbito institucional y, específicamente, en el estudio de las elites y los cambios en las políticas públicas (Jiménez, 2005:3).

Se pretende aportar a partir de la interpretación de procesos de cambio que se desarrollan en el ámbito privado de los militantes. Ellos son interpretados como facetas de un cambio integral que involucra la compleja experiencia de vida de las personas. Por lo tanto, no busca establecer relaciones causales entre la participación y los efectos, como tampoco descifrarlos desde la lógica del éxito o el fracaso. Más bien, intenta evidenciar procesos de vida que se llevan a cabo dentro de una experiencia militante concreta.

En determinadas circunstancias los impactos internos funcionan como un catalizador de energías y procesos culturales que van mutando irregular y discontinuamente a lo largo de la experiencia de habitar un colectivo social. Siguiendo esta lógica, la consolidación de determinados impactos internos puede influir en la constitución de posteriores impactos externos (Calle, 2007:139). Esto se traduce en la materialización de nuevas y más potentes redes sociales, la creación de otros referentes de protesta más volcados hacia lo externo o la apertura de nuevos ciclos de protesta. Estas dinámicas se sostienen a sí mismas gracias a cambios microscópicos y subterráneos que las personas van vivenciando. Los actores en movimiento dan forma a nuevas maneras de interpretar su propia relación con el colectivo y los procesos internos de cambio que van vivenciando.

Otra de las dimensiones de análisis que es importante definir cuándo se analizan los efectos internos, es el carácter intencionado o no de las consecuencias que se observan (Casquette, 1998:203). Algunos impactos tendrán una fuerte correlación con las declaraciones de objetivos mostrando un alto nivel de intencionalidad, mientras que en otras esta dimensión de análisis tiende a ser más suave.

Los impactos internos que se verifican traducen las diferentes experiencias y gramáticas de producción democrática “desde abajo” que estos colectivos ponen en la superficie. Este tipo de construcciones se articulan en una red invisible que mantiene relaciones de retroalimentación con las manifestaciones políticas visibles (Melucci, 2001). Al mismo tiempo, dichas producciones “desde abajo” utilizan diversos mecanismos de ocultamiento (Scott, 2003:39-40), que permiten que los actores reconozcan los efectos como parte de un proceso de cambio interno que no alcanza la visibilidad en el “afuera” o la “superficie”.

Por otra parte, la interpretación sobre los impactos internos debe tener en cuenta la capacidad autoreflexiva de los movimientos. Pero también hay que considerar que los ritmos de construcción biográfica son irregulares y discontinuos. Ellos dependen en gran medida de los marcos culturales de donde los sujetos provengan como de las expectativas que construyan en torno a su propia participación en el movimiento social.

En el cuerpo de este artículo expondremos las diversas dimensiones donde los discursos de los actores verifican estos impactos internos. Estos son: los impactos políticos; el cuestionamiento a las formas de vida urbana y la revalorización del campo; la dimensión trascendental de habitar estas experiencias; la construcción de nuevas subjetividades y los hábitos de consumo como espacio de cambio.

## 1. Resultados:

### 1.1 Los impactos políticos:

La referencia a lo político es una de las consecuencias más inmediatas que aparece entre los discursos de los actores en estudio. Esto se traduce, en primer lugar, en una declaración de recuperación de confianza en los proyectos colectivos. La política deja de ser entendida como un terreno donde se pugnan intereses individuales, para ser traducida como un espacio donde es posible construir proyectos grupales. Por último, la política es leída desde una dimensión cotidiana siendo la alimentación el escenario natural donde se generan y construyen experiencias transformadoras.

#### 1.1.1 Recuperación de la confianza en lo colectivo:

A pesar de que los impactos políticos aparecen como una de las referencias más inmediatas en los discursos de todos los actores, existe una leve preponderancia entre los denominados “militantes nuevos/as”. Esto señala que la dimensión de lo político está muy presente en el día a día de los colectivos y es una de las primeras cartas de presentación de los proyectos para quienes ingresan a ellos. Estos proyectos se constituyen en una forma política de interpretar el contexto donde se desarrollan. Participar es algo más que recoger las verduras semana tras semana, es significado de implicación en la creación de una alternativa social que interpreta y crea nuevas formas de relacionarse con lo político. Ser parte de estos proyectos conlleva un efecto positivo sobre la valoración que lo “colectivo” tiene en las lecturas políticas del entorno. Se hace más fuerte la idea de que los proyectos políticos gestionados en grupo son posibles de realizar y son, a la vez, una oportunidad de cambiar tu entorno inmediato. La idea de lo colectivo se redefine en función de una experiencia que es palpable y que tiene efectos tangibles sobre la vida de las personas:

2 Con más de dos años de pertenencia en el colectivo (14 en total).

3 Con menos de dos años de participación en los proyectos (12 en total).

4 Personas que no pertenecen a los colectivos al momento del estudio (12 en total).

“Ha cambiado en el sentido de que creo que formo parte de una cosa que está ahora mismo en evolución y que creo que funciona y que estoy orgullosa de ella, la comparto con los demás, los demás también se reilusionan y quieren formar parte del proyecto” (ELA 13 – Mujer: militante nueva<sup>5</sup>).

La idea de la política que está detrás de estos discursos se elabora sobre relaciones prácticas vivenciadas en el día a día, donde lo común sirve como un reproductor de una experiencia en construcción. Los procesos de identificación que elaboran los sujetos en movimiento se fundamentan en el reconocimiento del otro como un actor legitimado por el conjunto del grupo (Villasante, 1995). Los vínculos colectivos se transforman en dispositivos de identificación y de cambio, tanto para los individuos como para el proyecto de transformación que ellos construyen.

Por otra parte, dichos procesos de identificación se construyen en oposición con el medio político externo. Lo colectivo pasa a ser referencia de confianza siempre y cuando sea construido desde las propias personas. Son los actores específicos los llamados a diseñar nuevos marcos de referencia organizacional que permiten la construcción de relaciones más cercanas donde el actor se siente parte de un proceso en formación. Esta recuperación del valor de lo colectivo se hace en una época determinada por los valores individualistas del proyecto modernizador neoliberal. Recuperar la confianza en lo colectivo es un esfuerzo por revalorar un tipo de sujeto activo y creador de sus propias circunstancias políticas. Además, la confianza en lo colectivo irrumpe como una estrategia que hace posible plasmar la transformación social. La oportunidad de vivir lo colectivo se transforma en un “darse cuenta” de que es un camino real y posible para el cambio:

“...me doy cuenta de lo potente que puede llegar a ser lo de la corresponsabilidad, lo de la responsabilidad, lo de implicarte en los procesos de tu propia vida, ahí me doy cuenta del potencial transformador de la gestión colectiva...” (EH 2 – Mujer; GT/Almócita).

Esta interpretación del cambio social lleva implícita una forma diferente de pertenecer a la sociedad y de comprender al sujeto social en movimiento que se sitúa en un plano de protagonismo. Se reivindica la capacidad de las subjetividades de crear una forma y fondo político que sea capaz de remover las bases de lo construido hasta ahora. De alguna forma es el comienzo de la materialización de la utopía de un cambio radical, donde lo colectivo se resitúa como un espacio de referencia y pasa a ser un componente más de la “idea abstracta de una corriente” (Tilly, 1998:28) que traduce el carácter del cambio social.

Se hace visible una lectura que construya lo político desde la práctica y no desde la teoría, como se ha hecho habitual en los movimientos convencionales. Esto significa construir una nueva relación entre las acciones políticas y el sujeto, como también entre el conocimiento y la realización práctica de acciones colectivas y cotidianas que buscan el cambio:

“...para mí La Acequia ha sido un poco el nacimiento práctico de mi política teórica, yo hasta que no he estado en La Acequia no había visto puesto en práctica cosas que había leído durante mucho tiempo” (ELA 6 – Hombre; ex militante).

Pero también esta línea de los discursos, se asienta sobre una concepción diferente de lo político. En ella es fundamental la cotidianidad con que se desarrollan las prácticas políticas. Esto permite que las personas tengan puntos de encuentro y contacto con el proyecto y con quienes lo conforman. Además, la generación de discurso colectivo se reconoce como necesario e importante, pero las demandas cotidianas de las prácticas políticas copan los espacios de debate y las energías del colectivo. A partir de esta inversión de los papeles se reorganizan las funciones y las formas políticas de ESTAR!<sup>6</sup> en los proyectos (Pérez, et al. 2010:800).

### 1.1. Lo cotidiano se transforma en político:

Los ejercicios de ruptura que promueven estos movimientos están siendo reinterpretados permanentemente a la luz de los avances y retrocesos que las personas construyen desde sus espacios más inmediatos. En este caso, la comida y la alimentación, pasa a constituirse en el elemento que gatilla cuestionamientos más globales, pero desde el escenario de lo local. Estas experiencias permiten proponer otro modelo de militancia asentado en el valor reivindicador y cotidiano de la alimentación:

“...implicándote de una manera más directa en el proceso de lo que comes, (...) a lo mejor yo antes pensaba que las cosas iban a cambiar de otra manera y ya como que se me ha quitado también un poco el interés por hacer ese tipo de militancia...” (ELA 11 – Mujer; militante nueva).

Es decir, lo cotidiano es político y aquí se expresa en la alimentación. Traducir la experiencia de comer en una experiencia política significa modifica la escala de relevancia que este hecho cotidiano tiene en las sociedades económicamente más ricas. En ellas se ha consolidado tendencias que han cambiado los hábitos de consumo alimentarios. La introducción de la llamada “comida rápida” en la dieta de las sociedades modernas es solo un ejemplo de este fenómeno.

Por lo tanto, el impacto supone un cambio en cómo se entiende el consumo de alimentos y en la nueva prioridad que tiene este factor para las personas. Pero también resignifica este espacio dotándolo de un sentido crítico. Potenciar la protesta social desde el espacio local y cotidiano también es un ejercicio de recuperación y fortalecimiento de la confianza en que los cambios son posibles cuando se hacen desde el espacio más próximo. Estos colectivos permiten la construcción de alternativas que potencian ese camino que cruza transversalmente la experiencia de habitar los movimientos.\

#### 1.1.1 Cuestionamiento a las formas de vida urbana y la revalorización del campo:

Otra de las dimensiones de impacto interno que están presentes en los discursos es la relacionada con las interpretaciones sobre la ciudad y el campo. Estos territorios son interrogados de manera más o menos equivalente por todos los tipos de actores definidos en la investigación. Ésta dimensión de análisis es un ámbito donde las cooperativas agroecológicas buscan intencionadamente un cambio, ya que forma parte de sus objetivos.

Las ciudades modernas están en constante movimiento y cambio, se transforman al ritmo de sus requerimientos culturales pero también de procesos económicos y políticos que la llevan por caminos de insospechado término. En el último tiempo la creciente influencia de las fuerzas del mercado inmobiliario han provocado fuertes alteraciones en el espacio urbano. El uso intensivo del suelo y del capital destinado a la construcción de grandes torres y enormes superficies comerciales, provocan marginación y una dramática disminución de los intercambios e interacciones sociales (Zibechi, 2011:133). En todos estos cambios el actor desaparece y su influencia en sus nuevos trazados se reduce al mínimo. En tanto los campos se han mercantilizado, a través de la producción intensiva y el uso de tecnología a base de energías fósiles y transgénesis.

Las personas han perdido control sobre sus territorios. La urbe es cada vez más vertical, autoritaria y colonizadora de la intimidad de las personas (Zibechi, 2011:134). Muchos de estos procesos de exclusión, que se viven en las ciudades, terminan por agotar o reducir las alternativas de tener formas de vida más equilibradas y sostenibles. Las personas miran las zonas rurales en búsqueda de aquello que la ciudad no es capaz de ofrecerles.

El impacto tiene que ver con sobrepasar las fronteras de lo urbano para situarse en la búsqueda de nuevas formas de vida y expectativas que la ciudad no puede satisfacer. Es la expresión del deseo de construir nuevos tipos de vida que antes parecían lejanos y que, luego de habitar estas experiencias, aparecen como posibles. Funciona como un mecanismo de vinculación entre la idea utópica del habitar nuevos territorios y la posibilidad real de llevarlo a cabo:

“Antes siempre pensaba yo quiero tener mi huerta y tener mi comida, pero no sabía cómo hacerlo, ahora medio sé cómo hacerlo, (...) ahora lo que quiero hacer el día de mañana, seguramente no sea vivir cerca de una ciudad, lo veo más claro, lo veo más real” (EH 4 – Hombre; militante nuevo).

Además del cuestionamiento explícito a las formas de vida urbanas, coexiste un discurso que valora el acercarse al campo como una oportunidad de identificación con este espacio. Es fruto de la experiencia directa de conocer y generar lazos con un espacio, que ahora es mucho más próximo. Este impacto habla de la construcción de nuevas formas de mirar el campo, a partir del reconocimiento de su complejidad y de la

5 La nomenclatura indica la pertenencia de los y las entrevistadas a las cooperativas. En este caso de La Acequia la abreviatura es ELA, mientras en Hortigas es EH.

6 Nos referimos, de una manera sintética, a las múltiples formas, dinámicas y fisonomías que tiene la participación de las personas dentro de las cooperativas.



vivencia de nuevas experiencias:

“cuando yo ya he empezado a dejar mis horas allí, mi esfuerzo y me he manchado las manos de tierra. Me parece (...) que es un contacto que lo sientes más tuyo, entonces ya te identificas de otra manera, porque deja de ser algo ajeno (...) lo haces tuyo cuando vas y cuando convives en él” (EH 9 – Mujer; militante nueva).

Este acercamiento al espacio rural, mediado por la experiencia de habitar estos colectivos, tiene un efecto inmediato relacionado con el conocimiento que se tiene sobre la producción de alimentos. De esta forma, se acorta la brecha entre quién y cómo se produce y el consumo. O lo que es lo mismo, entre el campo y la ciudad. Esto no solo tiene un significado práctico alimenticio, sino que se traduce desde la consolidación de un cambio radical y cultural tanto en los hábitos de consumo, como en la percepción de la producción de alimentos:

“... me parece bonito eso de saber de dónde viene lo que estas comiendo (...) de reconocer distintos tipos de plantas que yo no reconocía, te estoy hablando en serio cuando te digo que yo no había visto un tomate en su mata, entonces pues ahora puedes reconocerlo y diferenciarlo, puedes hasta conversar de ese tipo de cosas” (ELA 11 – Mujer; militante nueva).

Lo anterior da señales de un proceso donde se estrecha el vínculo entre la ciudad y el campo por medio de un conocimiento mayor de la relación entre la producción y el consumo. Esto es el punto de partida de una mayor concientización sobre las implicancias de la producción de alimentos, y como se ha visto afectada por los modos culturales impuestos por el modelo neoliberal de distribución y consumo. Al mismo tiempo permite sentir el contacto como más próximo y tener una mayor empatía con un otro desplazado y olvidado por el frenético ritmo de vida de la ciudad. Estrechar este vínculo, pasa necesariamente por adquirir una experiencia de vida que te resitúa más allá de la condición de consumidor. Por una parte, te acerca a un mundo complejo e inexplorado y, por otra, te separa de las prácticas de consumo inmediatistas de lo urbano. Nuevamente el efecto mediador es una vivencia colectiva, política y práctica.

Tanto el cuestionamiento a las formas actuales de vivir en la ciudad, como el mayor conocimiento que las personas van desarrollando sobre la producción de alimentos, son procesos que están en directa sintonía con los objetivos que los proyectos se han planteado. Por lo tanto, existe una sincronización entre el efecto explícitamente buscado por los proyectos y los cambios que los discursos reportan. Este ejercicio de sincronización surge desde la práctica política y no como una respuesta racional e instrumental a los objetivos diseñados por los proyectos.

Otro efecto tiene que ver con adquirir mayores niveles de consciencia sobre lo que significa la producción y los esfuerzos que hay detrás del resultado agrícola. Esta es otra forma de ver como se acorta la distancia entre el campo y la ciudad. Los discursos refieren una mayor sensación de cercanía con el campo, lo que conlleva una mayor valoración de sus procesos y, por lo tanto, de las consecuencias de las formas convencionales de agricultura. Es una especie de toma de conciencia de las características y efectos que tiene en la escena rural el modelo intensivo de producción.

Otra línea de los discursos observa el campo como un espacio habitado que se transforma en un referente de crítica social y política. Las escenas cotidianas del paisaje local, como las grandes extensiones de invernaderos o el desierto de olivos, son interpretadas desde sus efectos nocivos y su relación con los modelos de vida actuales. Esta posición crítica supone, entre otras cosas, un reconocimiento de las reivindicaciones campesinas que aparecen desconocidas a la luz de la mirada urbana. Se abona el terreno para la generación de nuevas vías de diálogo entre la ciudad y el campo, construidas sobre la base de una mayor conciencia sobre las condiciones y efectos del actual modelo agrícola intensivo de producción. Se hace visible una nueva vinculación entre el impacto interno y la intencionalidad explícita de los proyectos:

“...siendo de ciudad no eres consciente de lo que significa la problemática del campo, de lo importante que es también que haya una agricultura sostenible y no en manos de multinacionales. Yo no se si entendería igual el gran peligro de los transgénicos, que para mí no es tanto el tema de que pueden ser nocivos para la salud como que es un intento de algunas multinacionales de apoderarse realmente de la alimentación mundial (...)” (ELA 22 – Hombre; militante antiguo).

Pero también habitar el espacio del campo es una oportunidad para el desarrollo profesional (o de aprendizajes agrícolas no tan especializados). Esto es sobre todo relevante para las personas que están o estuvieron dedicadas a la coordinación del trabajo agrícola dentro de las cooperativas, aunque no exclusivamente. Por lo tanto, este tipo de impacto está directamente relacionado con los niveles de implicación en el trabajo agrícola. Tanto su condición técnica como lo lejano que resulta el ámbito productivo agrícola para las gentes de las ciudades, hace que la sola pertenencia a los colectivos no sea suficiente para evidenciar este aprendizaje.

Los consumidores-urbanos deben romper con los límites formales que propone la participación en los colectivos y transitar hacia niveles mayores de implicación. Los colectivos no plantean herramientas para la adquisición de aprendizajes técnico agrícolas, sino que más bien es el resultado de una forma de ESTAR! subjetiva que busca específicamente este tipo de experiencias. Por lo tanto, es un impacto interno no programado:

“Hortigas me ha aportado a nivel individual, personal, donde yo he podido hacer lo que a mí me gusta a nivel productivo agrícola de conocimientos de todo eso, quiero decir que ha sido ahí donde yo he podido aprender mogollón...” (EH 16 – Hombre; GT/Almócita).

Estos aprendizajes, adquiridos a través de estas nuevas formas de ESTAR! en los colectivos, también tiene que enfrentar factores que no facilitan su reproducción. Por una parte, existen dificultades a la hora de transmitir el conocimiento que portan algunos miembros de los proyectos. Esto requiere que estas personas tengan ciertas habilidades sociales que no siempre están tan desarrolladas. Por otra parte, también este aprendizaje debe enfrentar liderazgos de tipo autoritario o mal asimilados que no facilitan la trasmisión de conocimiento y experiencias. Todos estos factores condicionan la calidad de los procesos de aprendizajes a contextos y momentos históricos favorables de los colectivos.

Intensamente asociado a esto último, los discursos identifican procesos de construcción de lazos perdurables en el tiempo con el entorno rural-agrícola. En estos recorridos los colectivos han funcionado como una especie de trampolín que permite ese contacto y da vida a la sensación de que es un espacio que seguirás habitando en tu vida. Es una proyección que traspasa la experiencia concreta de esta experiencia y se sitúa temporalmente en un futuro lejano.

Por lo tanto, los impactos se relacionan con los cambios en la percepción de los espacios, ya sea el urbano o el rural, pero también es una oportunidad para construir relaciones duraderas. Los cambios perceptivos dan paso a cambios actitudinales que incorporan como real y posible la alternativa de habitar el espacio olvidado del campo buscando nuevas formas y estilos de vida.

### 1.1 Lo trascendental de habitar estas experiencias:

La experiencia de habitar los colectivos supone una serie de impactos en las personas que trascienden la propia experiencia política. Este fenómeno está presente en todos los tipos de actores definidos por la investigación, aunque en los discursos de los/as “antiguos/as” y “ex militantes” esta lectura aparece con más fuerza. Esto indica que el asentamiento de este tipo de impacto en las personas requiere de un tiempo de asimilación de la experiencia. La excepción a esta tendencia se expresa en el caso del efecto en el acceso a la vida social y redes sociales donde es más fuerte el discurso entre los/as “militantes nuevos/as”.

La condición trascendental de este impacto viene dada por una experiencia que perdura en las personas más allá de la participación concreta en los proyectos en estudio. Trasciende la experiencia de militar en un espacio determinado y se constituye en un referente que luego se traslada a otros ámbitos de la vida de las personas:

“...lo incorporas a tu modo de vida, la forma de decidir y casi sin darte cuenta vas montando asambleas por la vida aunque sea para comprar el pan o para ver que compramos mañana que nos vamos a la playa...” (ELA 15 – Hombre; militante nuevo).

El impacto se cotidianiza y afecta las formas que las personas tienen de enfrentar sus relaciones y dinámicas de interrelación. Desde este punto de vista se transforma en una especie de estilo de vida que da forma cotidiana al cambio político. El hecho de que este impacto se reproduzca en las esferas laborales como en otros referentes de participación de las personas, hace que funcione como un dispositivo multiplicador de la experiencia. Una vez que el sujeto en movimiento interpreta y asume el cambio, lo legitima a través de un ejercicio de extrapolación a los distintos ámbitos de su vida. Los efectos trascienden a un “más allá” que rompe con las fronteras de la experiencia política de habitar estos colectivos. A

partir de aquí su multiplicación se vuelve un ejercicio subjetivo muy difícil de ponderar.

Esta ruptura de las fronteras, no solo se traduce en cambios en las formas de vida de las personas y en como interpretan sus relaciones interpersonales, sino que también se convierte en una oportunidad de creación de nuevas formas de acción política. El impacto trascendental, en este caso, consiste en la toma de conciencia sobre la posibilidad real de creación de nuevos proyectos a partir de un conocimiento adquirido: “...mucha gente que se ha salido de la cooperativa está montando proyectos en Durcal y en otros lugares y está desarrollándose o bien como alternativa sobre todo para vivir, para sacar algo de dinero, (...) de gente que venía de la ciudad y ha cambiado por completo, radicalmente su forma de vida...” (EH 21 – Hombre; ex militante).

La experiencia de vivir estos proyectos es el último escalón para un cambio definitivo. Esto quiere decir que no siempre los impactos internos se concretizan exactamente en el espacio de las cooperativas, sino que es el terreno donde se vivencian experiencias que más tarde serán el soporte de la creación de nuevos espacios o de cambios definitivos en la forma de vida de las personas. Por lo tanto, los efectos no responden a una lógica lineal ni cíclica, sino que más bien sigue un recorrido determinado por las subjetividades y las condiciones en las cuales ellas se despliegan en un futuro. Es decir, se expresan a través de discontinuidades que están en permanente creación y cambio.

Otro de estos impactos que trasciende la experiencia de habitar estos colectivos, es que funciona como una especie de pasaporte hacia la vida social y hacia la construcción de redes. Esto se da con particular énfasis en el caso de la cooperativa granadina Hortigas, donde muchos de sus integrantes no son originarios de la ciudad y se integran a ella por medio de su participación en el colectivo. Por esta razón este impacto se visualiza con mayor fuerza en aquellos actores que hemos definido como “militantes nuevos/as”, ya que, son novatos/as en las cooperativas como también en la ciudad:

“... y es por la red social que construye Hortigas. Por la cantidad de gente que conoces, (...)es como el Facebook ese, conocer a mogollón de gente nueva y tener la posibilidad de que tu vida social sea super activa, conocer gente que hace millones de cosas diferentes...” (EH 22 – Hombre; militante nuevo).

El ingreso a este mosaico cultural, alienta también relaciones de amistad que en muchos casos se mantendrán por mucho tiempo. Esto permite construir relaciones de confianza y apoyo mutuo, aspectos que son fundamentales para la mantención en el tiempo de los colectivos. Al mismo tiempo funcionan como soporte del tipo de relaciones interpersonales que se pretenden crear. Una de las características de estos colectivos es que los intercambios no son materiales sino que son de orden social basados en relaciones de afecto entre las personas. Por lo tanto, la pertenencia al colectivo ha significado la construcción de un entorno cercano y familiar, que funciona como una referencia de vida a la que las personas se apegan más allá de los significados y el tiempo que implica la participación. También la experiencia de habitar estos colectivos funciona como una especie de brújula sobre el cómo moverse en un territorio desconocido. Te permite mapearlo desde tu propia subjetividad, a través de la búsqueda de nichos culturales cercanos.

Por último, la trascendencia de la experiencia se vive con especial énfasis en el caso de los discursos de los actores que han estado muy cercanos a la producción y al desarrollo de estos colectivos desde un papel más protagónico. Para las personas que coordinan el trabajo en el campo<sup>7</sup>, habitar estas experiencias ha significado un antes y un después. Esto viene determinado por la intensidad con que estos actores viven el proyecto en el día a día.

Es el resultado natural de una mayor implicación en comparación con los consumidores. Este cambio se escenifica en muchos aspectos de la vida, que van desde los valores hasta las prácticas y concepciones políticas:

“Claro que sí!, (...) que mi forma de percibir lo político, mi forma de percibir las relaciones, mi cambio en la escala de valores, cuestiones de austeridad, de dejar de valorar lo moderno y lo tecnológico a favor de otras cosas, de valorar más las relaciones personales, de valorar mis relaciones con la gente, (...) y de valorar también formas de vida de otra gente que antes no era capaz de comprender...” (EH 14 – Hombre; GT/ Almócita).

“Ha cambiado mi estilo de vida, o sea yo de vivir (...) en un contexto de ciudad e introducida dentro de unos mecanismos y de las garras del sistema, a estar liberada casi totalmente del sistema y vivir en el campo, (...) o sea ha cambiado mi estilo de vida por completo” (ELA 8 – Mujer; hortelana).

Como vemos para quienes han participado desde la coordinación del trabajo del campo ésta experiencia ha supuesto un cambio radical en muchos sentidos. La amplitud del efecto alcanza todos los ámbitos de la vida de esas personas, por lo que el cambio es integral y a todos los niveles.

### 1.1 Construcción de nuevas subjetividades:

Este tipo de impacto interno se refiere a cambios en la conformación de nuevas subjetividades que se han ido desarrollando al ritmo de la participación política en los colectivos. Connotan cambios individuales en las formas de interrelación que están presentes en todos los tipos de actores definidos por el estudio. La experiencia de la participación política en colectivos de esta naturaleza supone un aprendizaje en la manera de relacionarte con la diferencia. Significa un acercamiento a mundos y experiencias que pueden estar lejanos a tu propia vivencia.

Estos procesos de cambio se traducen en la construcción de subjetividades más tolerantes, flexibles y abiertas. Se trata de la adecuación de modelos de vida personales rígidos a formas de ESTAR! que son más coherentes con la naturaleza de los colectivos. Esta sincronización entre los valores subjetivos de las personas y los del colectivo es necesaria para la sobrevivencia de la identidad política de los proyectos. Como hemos dicho, los actores son portadores de nuevas formas de relación, que se construyen gracias a sus propias subjetividades, pero también a las formas de ESTAR! que el colectivo potencia a través de su propia práctica política:

“yo ahora mismo soy muy mucho más transigente y más flexible a la hora de escuchar simplemente, (...) empatizar, ahora lo hago mucho más abiertamente. O sea cuando escucho no estoy pensando en que te voy a contestar (...) estoy totalmente en lo que tú me estás diciendo, estoy en tu pellejo” (EH 19 – Mujer; ex militante).

Es decir, la construcción de formas de decidir más democráticas y horizontales, requieren de subjetividades más cercanas a modelos de relaciones más abiertas y flexibles. Éstos alimentan prácticas como la escucha activa que son necesarios a la hora de construir modelos de relación más dialógicos. Se trata de un cambio en las formas de vivir las relaciones sociales e interpersonales. Estos procesos de transformación afectan tanto a los actores como a los propios proyectos. Ambos construyen relaciones de intercambio donde las habilidades adquiridas en la práctica política potencian los procesos de toma de decisiones y, al mismo tiempo, reconfiguran las subjetividades de las personas.

Habitar lo colectivo es reconocido como una oportunidad para ver e interpretar tu propio mundo interno. Lo grupal invade el mundo de las percepciones individuales sobre sí mismo y sobre el entorno. Es una oportunidad para conocer mundos desconocidos que habitan en el propio sujeto o cambiar la propia forma de entender lo que te rodea. En este caso el impacto tiene una clara dimensión subjetiva que se vuelve interpretable gracias a la traducción de estos cambios que se hace a partir de la propia experiencia política:

“Además en la cooperativa (...) creo que yo he ido cambiando en la forma de relacionarme a lo largo de mi vida y mucho han sido los movimientos sociales han hecho, pero en esta cooperativa puf!, a mí me ha puesto muchos espejos delante de egos, de manías mías...” (ELA 9 – Mujer; hortelana).

Pero no tan solo se trata de las condiciones necesarias para la mantención de los valores colectivos de una experiencia, sino que también consiste en un impacto que funciona como una oportunidad inacabada hacia el conocimiento de otros mundos. Opera como una fuente de riqueza del constante proceso de cambio y mutación que hemos identificado como una de las principales características de estos proyectos. Este cambio es generado por las propias fuerzas centrípetas que ejercen los actores hacia el colectivo, como hacia sus propias subjetividades.

<sup>7</sup> Se trata de personas que forman parte del colectivo y además mantienen una vinculación contractual con el mismo por la cual reciben dinero a cambio. Se denominan hortelanos y hortelanas en el caso de La Acequia y Grupo Autogestionado del Campo Almócita en el caso de Hortigas. Sus responsabilidades son coordinar el trabajo agrícola, lo que supone la organización de las personas cuando van a las huertas a hacer su turno de trabajo, como todas aquellas labores directa o indirectamente relacionadas con la producción y distribución de los alimentos.

Los cambios en las personas también se expresan en la adquisición de formas y maneras políticas de ESTAR! que potencian a un sujeto activo, con capacidad de decisión y que busca espacios de relación política flexible. Se trata de un actor que se siente parte y que construye ese espacio al cual pertenece, a partir de una reconfiguración de lo que significa la política. Ella es redefinida desde una subjetividad cambiante donde el actor se ve involucrado en complejos procesos de aprendizaje políticos que le permiten ser parte mucho más activa en las dinámicas de los proyectos:

“...tomar conciencia de que puedes crear (...), el sentirse con la capacidad de transmitir algo, de construir algo, que tienes algo que aportar, en ese sentido el ámbito de crecimiento personal (...) he tomado conciencia de eso, de que puedo crear y que tengo cosas que transmitir” (ELA 15 – Hombre; militante nuevo).

Es una oportunidad de aprendizaje y de asumir que el propio actor es parte protagónica de algo que se está creando y que requiere de su participación activa. Habitar estas experiencias se convierte en una oportunidad de vida, donde las personas se empoderan y sienten que son capaces de construir algo diferente y con sentido crítico y de cambio respecto del medio.

Todas estas modificaciones dicen relación con una nueva forma de vivir lo grupal, lo que hace aún más relevante los impactos políticos que antes hemos analizado. Lo colectivo pasa a ser el escenario donde se desencadenen los aprendizajes, se consolidan cambios personales y se construyan nuevas relaciones entre lo político y la cotidianidad de las personas. En definitiva donde se construyan las subjetividades necesarias para dar fondo y forma a cambios políticos perdurables tanto en los colectivos como fuera de ellos.

### 1.1 El hábito de consumo como espacio de cambio:

El tema del consumo, es una dimensión donde todos los tipos de actores identifican como un ámbito donde se han generado impactos en sus respectivos recorridos. Se trata de un aspecto fuertemente presente en los discursos que reportan una variada gama de niveles de efectos. Esto hace ver que el proceso de asimilación de nuevos hábitos es complejo y de largo aliento. La participación en estos colectivos se entiende como una oportunidad, o como un “darse cuenta”, de la importancia de construir otras formas de consumo:

“... yo sí tenía adquiridos unos hábitos ya de consumo, y lo que ha sido es como irlos cambiando un poquillo, hasta tomar esa conciencia, hasta que justo ya entré en Hortigas y se produjo ese cambio de forma más fuerte, como más manifiesto, ya más claro” (EH 9 – Mujer; militante nueva).

Como vemos, este impacto está nuevamente en directa relación con los objetivos diseñados por los proyectos en estudio. Existe una total sincronía entre lo que se busca, en términos de adquirir nuevas formas de consumo, y la experiencia e impactos que reportan los discursos analizados. Es quizá el ámbito donde esta relación se observa con mayor claridad ayudado, en gran medida, por la trascendencia que éste aspecto tienen para los colectivos y para las personas que ingresan a participar de ellos.

Asistimos a un cambio que se lleva a cabo de manera progresiva, en el que la experiencia de habitar estos colectivos funciona como el cierre de un ciclo de toma de conciencia de la necesidad de este cambio. Se abren nuevas posibilidades de relación con el consumo de alimentos, donde la información sobre las características de la comida es fundamental a la hora de definir el tipo de consumo que se quiere:

“hay una búsqueda tanto de consumo como a nivel ideológico, porque eres más consciente de muchas cosas y cuando estas en el proyecto y conoces y debates y hablas sobre modelos de agricultura y de desarrollo, pues ahora miro muchísimo más por ejemplo lo que compro, dónde lo compro, a quién se lo compro, por qué lo compro, miro, pues sí eres mucho más respetuoso con lo que toca en cada temporada...” (EH 23 – Hombre; ex militante).

Esta búsqueda de un consumo más informado, también conlleva un cambio político. Se hace más evidente la necesidad de tener una mirada integral sobre la alimentación, partiendo por la producción hasta el consumo. En este recorrido el actor se posiciona y va construyendo relaciones más equilibradas con el medio social y agrícola, como puede ser el consolidar el consumo de alimentos de temporada.

En términos generales, estas tendencias identificadas en los discursos potencian el hecho de que la comida es un espacio a partir del cual se puede hacer crítica social. El consumo se convierte en una trinchera desde donde se puede mantener una lucha constante contra el adversario político. Es la concretización del mensaje: “Comiendo también se lucha”:

“Luego yo lo veo una lucha aquí dentro super cañera, que rompe con muchos esquemas, el hecho de salirte del mercado, de romper con un montón de cosas que te hace el estar dentro de un proyecto como esto, el estar produciendo tu alimentación...” (ELA 7 – Hombre; hortelano).

Es precisamente aquí donde la dimensión cotidiana de lo político tiene su referente más claro. La alimentación pasa a ser un lenguaje, por medio del cual, varias veces al día, las personas están creando formas diferentes de relación política. En ellas el actor recupera el poder sobre sus decisiones y mantiene un vínculo crítico con su entorno inmediato. Mantener esta lucha también implica la renuncia a estilos y formas de vida muy asentadas en la sociedad actual. Éste es el cambio trascendental a que las personas están aspirando.

Estas modificaciones en el ámbito del consumo, implican asumir prácticas alimenticias que están determinadas directamente por la producción. Se rompe con la ilusión del “merca consumo” que pone a disposición todo tipo de alimentos, todo el tiempo. Se trata de una forma diferente de relación con la alimentación, determinada ahora por los ritmos y procesos de la tierra. La materialización de esta ruptura es crucial, ya que es uno de los pilares del cambio social que promueven estos colectivos. Se visibiliza un proceso que se desarrolla en el ámbito cotidiano de la vida y lo transforma en una reivindicación social. Debemos notar que este fenómeno se construye progresivamente y a partir de cambios relativos y adaptados a las condiciones y características subjetivas de los actores.

Por esto último, existe también otro nivel de impacto que lo podemos situar como intermedio. En él se reconocen cambios en los patrones de consumo pero estos no son absolutos. A pesar de que se mantienen prácticas de consumo convencional, se ha profundizado el conocimiento y la toma de conciencia sobre la importancia del origen de la producción y lo que supone:

“...ahora como que más crítica, más selectiva a la hora de comprar, aunque muchas veces (...) digo me apetece tomarme un tomate aunque no sea la temporada (...) porque tampoco quiero sentir ese sentimiento que esto (...) te marca una forma de pensamiento, esto está mal esto está bien, ahí muy rígido” (EH 3 – Mujer; militante antigua).

Si bien las formas de consumo se han vuelto más críticas y ha crecido la conciencia respecto de la importancia de hábitos más sostenibles, tampoco se ha adquirido como un dogma. Este margen de “inconsistencia”, es por una parte, una remembranza del tipo de consumo desenfadado y acrítico, pero por otra, también advierte sobre la complejidad que supone un cambio total a este respecto. Los actores siguen siendo parte de un modelo de consumo muy asentado en el medio social y en sus propias memorias colectivas. Ésta memoria histórica funciona como un potenciador de los nuevos hábitos que se están adquiriendo, los cuales van en sintonía con antiguas prácticas. La alimentación es interpretada como el vehículo que permite un tránsito hacia un pasado mejor en este aspecto. De ahí el mayor impacto tiene que ver con el despertar la capacidad del actor de “darse cuenta” de que son posibles y factibles otros modelos de consumo.

Este “darse cuenta” implica una posición de valor subjetivo respecto de la importancia de la salud alimenticia y la relación que esto tiene con dinámicas más globales como la comercialización de la comida. Se consolidan formas de autocuidado por medio de otorgar a la comida un valor relevante dentro de la vida de las personas. Esta dimensión de salud también está presente como una forma de autocuidado que no solo involucra el hecho mismo de comer, sino una serie más de factores, como el estado de ánimo o el “sentirse más activa”:

“La más grande que yo he visto así a nivel personal, ha sido empezara quererme más y empezar a cuidarme (...) yo antes comía de la basura y comía para quitar el hambre, ahora de repente consigo dar unas pautas muy buenas, (...) considero que he aprendido y he ganado mucho en salud y en tener en cuenta lo que como” (EH 17 – Hombre; militante nuevo).

El “darse cuenta” también supone la apertura hacia la concreción de que otras formas de consumo son posibles. Estos colectivos son micro espacios donde se multiplican redes sociales que están apostando por formas diferentes de consumo. Se acota la brecha entre la utopía y la realidad de tener acceso a nuevos modelos. Estas experiencias verifican, desde la práctica política, una posición crítica y de cambio social que los actores asumen como propias por medio de la alimentación:



“estar dentro de Hortigas, me ha hecho (...) convencerme y conocer que era capaz de consumir de otra manera, explico: antes de entrar en Hortigas yo veía como algo súper lejano y súper utópico, yo decía claro que me gustaría consumir más productos locales (...) y todo se quedaba en el gustaría, y después de estar en Hortigas he ido conociendo gente, (...) tiendecillas, (...) a través de esta red de contactos que es Hortigas me ha permitido ir modificando mis hábitos de consumo...” (EH 20 – Mujer; militante nueva).

Estas nuevas formas de consumir están directamente relacionadas con favorecer prácticas que permitan interiorizar el ciclo productivo de la comida, desde su origen hasta el tramo final. En otras palabras, desde la huerta a la mesa, como hemos anticipado. El cambio se vuelve más trascendental, ya que, no solo significa un giro en la práctica del “comer”, sino que es una toma de conciencia sobre las implicaciones políticas de las distintas formas de producción de alimentos que existen en el medio. De esta forma “comer” se transforma en una herramienta que permite el cambio social.

En dicho ciclo productivo una etapa fundamental tiene que ver con la distribución de los alimentos. Ésta es una de las dimensiones que ha sufrido modificaciones más relevantes desde la instalación del modelo neoliberal de consumo (Saravia, 2011:152). En ella se potencia el margen de maniobra económico y social de grandes corporaciones que hegemonizan el papel de la distribución de alimentos, provocando una creciente profundización de la distancia entre el productor y el consumidor. Estas experiencias no solo quieren/pretenden acortar esta brecha sino que además, potencian su desaparición. Se busca que los consumidores sean responsables de la producción a través de una fuerte implicación en todos los procesos que tiene que ver con la generación de alimentos.

Por otra parte, estas formas de vivir el consumo operan como espacios que legitiman maneras de vivir que estaban asentadas en prácticas antiguas y aparentemente fuera de contexto. Existe una especie de recuperación de formas que se alejan del consumo rápido e inmediato de la gran superficie y se acercan a maneras más autogestionadas de satisfacer necesidades. Este ejercicio de volver a recuperar “prácticas del pasado”, tiene un alto contenido de crítica política y es una oportunidad de cambio social en la esfera de lo cotidiano:

“cuando era pequeño, (...) nos reíamos porque la vecina, que era mayor, hacía jabón en vez de comprarlo, joder decíamos que cutre (...) ahora hace dos o tres semanas estuvimos en la huerta haciendo jabón (risas) (...) y dices esa es la parte en que cambia mi percepción...” (ELA 15 – Hombre; militante nuevo).

Es una forma de recuperar la legitimidad de prácticas que el capitalismo y el modelo cultural de consumo neoliberal han ninguneado, desvalorizado y vendido como obsoletas. La vuelta al pasado funciona como una estrategia de reconocimiento, pero también es una fuente de conocimiento necesaria para la consolidación de nuevas prácticas. Estas experiencias vinculan a las personas con un pasado cercano, que se constituye en un referente más en la construcción de posiciones de crítica social, económica y política.

### Conclusiones:

Los impactos analizados hablan de la tremenda influencia que estas experiencias han tenido en los actores. La recuperación de la confianza en lo colectivo es interpretada como una nueva forma de entender la participación política desde una posición crítica al modelo imperante. Este proceso de reencantamiento es igualmente una forma de traducir un anhelo por el cambio social desde la participación concreta y activa en un referente de protesta. Lo político se transforma desde la dimensión cotidiana y gracias a la construcción de modelos de militancia mucho más abiertos, tolerantes y flexibles que los convencionales.

Por otra parte, existe una atención relevante hacia los procesos más que hacia los resultados, como hemos apuntado. Esto significa un giro necesario respecto de las implicaciones que supone la participación convencional. Esta valoración a los procesos, es vivida como una experiencia de aprendizaje de formas diferentes de habitar lo político, que tiende hacia la consolidación de la dimensión cotidiana como la traductora del cambio social. Todas estas dimensiones permiten que las personas asimilen procesos de participación e identificación colectiva que están siendo alterados por su propia traducción, como por el natural movimiento de los grupos.

También los impactos tienen un efecto trascendental en la vida de las personas, ya que, permanecen con ellas y son transmitidas a contextos ajenos a la práctica política concreta de los movimientos sociales estudiados. La experiencia se constituye en un referente que luego se traslada a otros ámbitos de la vida de las personas, como el trabajo, otras participaciones políticas, etc. Podemos hablar de aprendizajes significativos ya que, por una parte, tienen la condición de perdurabilidad en el tiempo, mientras que por otra, son expresiones capaces de moverse fuera de los márgenes de la propia experiencia. Los aprendizajes y procesos políticos vividos en los colectivos, adquieren nuevos rostros y lenguajes una vez que traspasan esta frontera. En este proceso, los actores convierten su experiencia a dispositivos prácticos o de interpretación que permanecen con ellos. Esta trascendencia también se hace visible en la creación y mantención de redes sociales que permiten acceder a mundos culturales y espacios urbanos específicos. Son el vehículo que hace posible acceder a una ciudad ajena hasta antes de conocer estos proyectos. En este marco, se recrean relaciones de confianza y apoyo mutuo que son fundamentales para la mantención de los proyectos en el tiempo y para la conformación de procesos de identificación colectiva.

Por otra parte, junto con el cuestionamiento explícito a las formas de vida urbanas, tal y como las conocemos, coexiste un discurso que valora el acercarse al campo como una oportunidad de identificación con este espacio. Este impacto tiene que ver con la capacidad de sobrepasar las fronteras de lo urbano para situarse en la búsqueda de nuevas formas de vida y expectativas que la ciudad hoy en día no puede satisfacer. La brecha entre la ciudad y el campo, también se acorta por medio del conocimiento que los consumidores van adquiriendo a lo largo de la participación, sobre las características e implicaciones de la producción de alimentos. Este proceso de vinculación se hace desde la práctica concreta y gracias a la reproducción de dinámicas de participación que favorecen este tipo de intercambios. El camino que se traza adquiere la forma de reivindicación y crítica social basada en la conformación de relaciones duraderas entre el campo y la ciudad.

El análisis e interpretación de los impactos internos también reportan fenómenos como la construcción de nuevas subjetividades o aprendizajes relacionales. En ellos el sujeto se revitaliza a partir de experiencias que interrogan su participación social, pero también sus propias características personales. Los movimientos sociales en estudio, requieren de actores que estén atentos a estos cambios y que transiten hacia modelos de relaciones más tolerantes, abiertas y flexibles.

Por último, otra área de impactos son los relacionados con el tema del consumo. Este es un espacio donde las personas reproducen, vivencialmente, los efectos de su participación en sus hábitos cotidianos. Por esto es un terreno de cambio evidente y sobre el cual existe una práctica política más definida. La magnitud de este impacto también se mide por el hecho de que es el resultado de un proceso de largo aliento, donde las personas van adecuando sus circunstancias personales a las nuevas condiciones. Esto se lleva a cabo con diferentes ritmos y niveles de profundidad, siendo una evidencia más de la discontinuidad que le es propia a la participación en estos colectivos.



**Bibliografía:**

- Ajangiz, R. (2000). Política militar y movimientos sociales: el fin de la conspiración en Europa (Tesis doctoral). Universidad Pública de Navarra, Leioa. Recuperado de [http://ehu.academia.edu/RafaelAjangiz/Books/1674465/Politica\\_militar\\_y\\_movimientos\\_sociales\\_el\\_fin\\_de\\_la\\_conscripcion\\_en\\_Europa](http://ehu.academia.edu/RafaelAjangiz/Books/1674465/Politica_militar_y_movimientos_sociales_el_fin_de_la_conscripcion_en_Europa), acceso 29 de mayo de 2012.
- Calle, Á. (2007). El estudio del impacto de los movimientos sociales. Una perspectiva global. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 120, 133-153.
- Casquette, J. (1998). Política, cultura y movimientos sociales. Bilbao: Bakeaz.
- Della Porta, D. y Diani, M. (2012). Los movimientos sociales. Madrid: Editorial Complutense.
- Eyerman, R. (1998). La praxis cultural de los movimientos sociales. En Ibarra, P. y Tejerina, B. (editores) Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural. Madrid: Trotta.
- Jiménez, M. (2005). El impacto políticos de los movimientos sociales. Un estudio de la protesta ambiental en España. Madrid: CIS.
- Melucci, A. (2001). Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la información. Madrid: Trotta.
- McAdam, D. et al. (1999). Movimientos sociales, perspectivas comparadas: oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales. Madrid: Istmo.
- Pérez, David et al. (2010): Reflexiones políticas desde y sobre las cooperativas agroecológicas andaluzas. En Fernández, X. y Copera, D. (Coordinadores). Soberanía alimentaria e agricultura ecológica. Propostas de acción. Vigo: Grupo de Investigación en Economía Ecológica e Agroecología.
- Saravia, P. (2011). Las cooperativas agroecológicas como una alternativa a la producción, distribución y consumo de alimentos. *Revista Papeles*. 115, 149-158.
- Scott, J. (2003). Los dominados y el arte de la resistencia: discursos ocultos. México: Era.
- Tilly, Ch. (1998). Conflicto político y cambio social. En Ibarra, P. y Tejerina, B. (editores). Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural. Madrid: Trotta.
- Villasante, T. (1995). Las democracias participativas. De la participación ciudadana a las alternativas de sociedad. Madrid: Ediciones HOAC.
- Zibechi, R. (2011). Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas. Madrid/Carcaixent/Málaga: Baladre/CGT/Ecologistas en Acción/Zambra.